

fulgencias blancas. Los granates del Poniente opacábanse en una agonía lenta y suave. En las copas de los árboles comenzaban a enredarse las sombras. La ciudad se sumergía en una niebla verdinegra.

Y poco a poco, entre charlas y exclamaciones, fuimos bajando por la tortuosa y empinada veredilla de la colina. A nuestro paso sonaban, deshojándose, los muros de yerbajos que se alzan a un lado y otro de la banda rojiza del sendero. Bajo nuestros pies crujía sordamente la hojarasca.

Me detuve, deseoso de un momento de soledad, de concentración, de meditación. Me senté en una piedra de la vera, y seguí contemplando el descenso de la caravana. Las muchachas bajaban, cantando y riendo, ebrias de juventud y de ilusión. Yo veía flotar, en el fondo oscuro de la montaña, sus trajes blancos y vaporosos, y oía el desgrane de sus voces agudas e infantiles. Tras ellas iba el coro de ancianos, caminando con majestad patriarcal. Sus voces graves y pausadas se armonizaban en el viento con el coro juvenil y jocundo. Las muchachas, de dos en dos, y de tres en tres, corrían por la pendiente. Todavía en los recodos remotos alcancé a distinguir sus enfloradas cabelleras de canéfora y a percibir el cuchicheo de los galanes enamorados que las perseguían. Todavía se perfilaban en la sombra los viejos amigos, en actitudes severamente naturales. Algunos, para apoyarse, habían recogido del suelo largos varejones y los llevaban a manera de cayado.

Una reminiscencia de antigüedad pagana, un vago sueño de poesía simbólica, despertó y entretuvo mi entendimiento.

Cuando volví a la realidad, la tarde había hui-

do, y se abría en los cielos de cobalto una noche estrellada y solemne, saturada de melancolía y de misterio.

Y yo también fui bajando, bajando, mientras el soplo acariciador de la brisa me contaba al oído cosas mías.....

ALFONSIÑA

IV.

DANZA MAYA

Mérida, Enero 25 de 1906.

En el corredor de una famosa hacienda, descanso, con mis compañeros de excursión, de una mañana de fatigas. Después de trepar por la vieja pirámide de Mayapán, que, agrietada y desmoronándose, alza su montículo de grises terrones, en medio de una llanura de púas de henequén; después de ir y venir por entre piedras labradas y rotas, y como volcadas y semienterradas por un prehistórico cataclismo; después de andar a plena luz, en busca de misterios que no se penetran y de claves que no se descifran; después de un alegre almuerzo rociado de vino y risas, de chistes y canciones, henos aquí sentados en el pretil del corredor de la hacienda y guarecidos, bajo el blanco y espacioso portalón, del resol de la tarde.

A nuestra espalda, los árboles del patio, de frondas de un verde chillante y claro, proyectan, en oblicuo, sus largas y macizas sombras clareadas por caprichosas y movibles manchas de oro. Frente

a nosotros, en el ancho corredor, blanco, fresco y luminoso, bailan los sirvientes de la hacienda. El dueño, un rico noble y bondadoso, el señor Don Vicente Solís, nos ha preparado esta típica diversión. Nosotros miramos con atención y curiosidad. Las parejas de bailadores, formadas en filas irregulares, son más de veinte y llenan casi por completo el recinto. Es ésta una blanca fantasmagoría. Los vestidos albeantes de los indios pasan ante nuestros ojos, hiriendo la retina con su claridad mate y difusa. Sobre la albura ideal de los hipiles y de las blusas, las manos de los hombres y los brazos de las hembras destacan, en fuerte contraste, el rojo, ennegrecido y quemado de la carne. Y por encima de este movimiento de lienzos blancos y carnes oscuras, las cabezas de bronce asoleado, se yerguen con la característica y dolorosa serenidad de la raza. Las de ellos son interesantes: el cabello—crin corta y lacia—se amolda al cráneo braquicéfalo como una áspera montera; el rostro de perfil rudo y líneas precisas, está todo lleno de una secular y opaca tristeza, y lleva, petrificado, un aspecto de viejo y heroico dolor, convertido por las fatalidades del destino en hipócrita resignación y taimada mansedumbre. Los ojos, negros y abiertos como pequeñas heridas por encima de la dura protuberancia de los pómulos, esconden destellos de obsidiana polvosa; la nariz, gruesa y ligeramente arqueada, se hincha en las aletas, con una especie de ansia animal, como la de un caballo que husmea; la boca, pulposa y no sensual, conserva, a través de los tiempos, un gesto hierático, una esbozada sonrisa de ídolo, enigmática y sombría. Las cabezas de ellas, con los mismos rasgos y caracteres de las va-

roniles, poseen el velado encanto femenino de la ternura, y muestran, más que todo, una sumisión tímida como de bestia, que tiene miedo al golpe y al maltrato.

Los indios bailan—la mujer frente al hombre, a corta distancia—sin tocarse jamás. Con las piernas cerradas, mueven y arrastran los pies, avanzando uno después de otro, al compás rítmico, monótono y salvaje de un aire que, aunque tocado por rasgueos de vihuela y lamentos de flauta, suena a primitivos atambores y *syringas* selváticas. De cuando en cuando, las mujeres alzan los brazos, medio doblándolos, en actitudes duras, sin esbeltez, ni elocuencia, en un estúpido mecanismo que refleja bien la índole de un pueblo que jamás conoció la gracia. Los hombres sólo mueven las piernas y los pies. Y bailan así horas y horas sin que se les contraiga ni un músculo de la cara. La sola variación de esta uniformidad coreográfica, estriba en que, de tiempo en tiempo, la mujer toma el lugar del hombre, y el hombre el de la mujer.

¡Ah! de seguro que este baile es una arcaica reminiscencia; esta es una herencia religiosa. Estos son los restos de una danza sagrada. Los indios—los he contemplado largamente—se sienten poseídos de la profunda severidad del rito. Y en sus espíritus embrionarios y brumosos, aparece la atónita visión del templo formidable y labrado, dentro del cual, el dios enorme y monstruoso, reposa, vivo y eterno, con la solemne majestad de la piedra.

En este baile indígena, casto y uniforme, hay reflejos de devoción, pero no de alegría. Sí; a las veces, en violentas y fugitivas ráfagas, arde en los ojos una huraña y melancólica voluptuosidad, una

efímera lumbre de deseo, que al instante se apaga en la fría claridad de las pupilas serenas.

Yo, mientras tanto, pienso: ¡Raza fiera! ¿qué largo poder de resistencia, qué fuerza indestructible de conservación es la tuya, que así, a través de una nueva fe y de una prédica incesante de cuatro siglos, ocultas, latentes y rotos ya, como tus altares y monumentos, pero tenaces, tus viejos ritos, y, muy en el fondo, el rescoldo de amor por tus tremendos dioses vencidos?

Todo está en ti como entonces: carne y alma, forma y esencia; todo lo tienes como entonces..... menos la libertad. ¿Pero es que la tuviste alguna vez? ¿No fuiste tú un antiguo pueblo de esclavos, sometido a la crueldad de los «batabes» y a la majestad de los sacerdotes? ¿No fuiste tú la gleba que, bajo la opresión de grupos directores, derrama la sangre en las conquistas y el sudor en los campos de cultivo? ¡No! se ve ahora, se ve en estos vestigios de tu pasado tenebroso, en estos bailes que nos parecen ridículos: fuiste un pueblo fuerte, un pueblo guerrero y conquistador, un pueblo altivo y desdeñoso.

Las lanzas españolas, las espadas toledanas, la terca energía de los compañeros de Montejo, recia como las armaduras, brusca y ciega, te vencieron. Tú defendiste tu tierra árida y pedregosa, con desesperación sublime y trágica. Las ruinas sembradas en la Península son mutiladas y grandiosas centinelas que sobreviven a tus luchas. Hay por todas partes rastros de un legendario batallar, marcas de sangre seca por mil soles, huellas de humo de los extinguidos incendios. Caíste como eras: indomable. Perdiste la heroicidad y la libertad, pero

conservas la tenacidad. Te resistes a mezclarte, a entregarte al amor del blanco que aclara en tus venas el negro licor en que corren, desleídas, tus supersticiones y tus tristezas. Crees aún en el adivino; les pones manjares a los muertos; te sobrecoge el canto del buho. No existes con nosotros sino con tus antepasados. Le impones al dominador tu lengua; tus mujeres no se despojan de sus blancas y decorativas vestimentas. Tus costumbres son arcaicas, y tus bailes, sagrados. Las tres centurias coloniales pasaron sobre ti debilitándote, explotándote, porque no tenían otra cosa que explotar que obscura carne humana; pero no deshaciendo tu personalidad, no modificando tu carácter, no destruyendo tu tipo, no retocando tu forma, ni orientando tu alma, hacia otros horizontes.

La virilidad arrolladora del español te arrebató una parte de ti misma. En villas y villorios pululan los «mestizos» que, al contrario de lo que haces, cada día sienten más el atractivo imán del «blanco». Tú no; tú te guardas en el fondo de las haciendas y de las florestas, huraña, ruda, montañesa, arraigada al terruño, obediente al amo, reacia al contacto de la civilización, mirando con tus ojos de obsidiana polvosa, las lontananzas erizadas de pencas de agave, donde brilla, como en los tiempos de tu epopeya, el sol ardiente, el sol esplendoroso, el mismo sol de tus milagrosas teogonías.

*
*
*

Mis ideas de iluso piadoso van cristalizándose.
Y junto al Ministro de Instrucción Pública, que,

como yo, ve sonriendo, el baile de sirvientes, me pongo a soñar en una escuela grande y abrigadora como un templo, que llame a estos regresivos con las tres santas voces que jamás han escuchado juntas: Amor, Paciencia, Misericordia.....

ALFONSO

V.

MÉRIDA ENTRE DOS LUCES

Mérida, Enero 28 de 1906.

Por el día esta ciudad se ve moderna, modernísima, flamante y pulida como esos juguetes finos que los comerciantes sacan de los estuches y colocan sobre el mostrador para provocar la fantástica curiosidad de los niños. Es una ciudad que acaban de desempacar cuidadosamente y que, por lo tanto, no ha sufrido deterioros ni desportilladuras. Las casas, limpias, nuevas, recién pintadas de temple claros; los pavimentos, de gris terso, sin quebraduras, sin máculas; a un lado y otro de las calzadas de asfalto, las banquetas de piedra artificial brillante y compacta; las plazas, los jardines, a la inglesa, con arbustillos de copa recortada y arriates de pasto tan fresco y suave, que no parece sino que sobre el suelo han tendido verdes y aterciopelados tapices de forma caprichosa. Nada hay acá muy amplio, ni muy grandioso; ni las calles, derechas eso sí, y formando avenidas rectas que cuadriculan con exactitud matemática la ciudad hasta los suburbios; ni las fachadas, casi todas ba-

jas, algunas hermosas, construídas o reconstruídas a la vieja usanza y otras presuntuosillas de estilo europeo alquitarizado en estilo yankee; pero a falta de amplitud y grandiosidad, el lujo aseado y la elegancia armónica y virginal de las cosas, dan a la capital yucateca una simpática fisonomía de novedad, de higiene, de limpieza. Esto la hace rara entre las poblaciones mexicanas, las cuales, por lo general, carecen del distintivo de la pulidez.

Y tal aire de salud, tal ambiente de pureza iniciado y descubierto en las cosas, se corrobora y completa en las gentes, en el pueblo, en la plebe, diré mejor para dar más comprensión al concepto. Son de ver y de admirar aquí «mestizos» y «mestizas», vestidos con ropas ligeras, relucientes de blanca aplanchada, que hacen contraste con las cabezas y las manos de un moreno subido y parejo. Las «mestizas», en particular, son la nota característica. Varias mañanitas, a la hora en que las viejas campanas de la iglesia llaman a la primera misa, me he entretenido en verlas pasar, rumbo al mercado, bajo los balcones del hotel. Conservan, en la cara, las facciones, y en el cuerpo, los vestidos del indio puro; pero todo ello lo han mezclado y como ennoblecido en su contacto con los blancos, a los que embrionaria y lentamente se van aproximando, ya en un rasgo de la fisonomía, ya en una actitud, ya en adorno del traje, ya, en fin, en un gesto gracioso, despojado de la seriedad de piedra del indígena. Las «mestizas» usan «chipiles», pero orlados de encajes y cenefas coloridas; usan zapatos chinescos, de seda (azul o roja o de otro matiz chillante), lentejueleada y bordada; usan largas cadenas de oro, que sobre los senos turgentes y

tremulantes, les forman dos y tres collares, rematados en medallones y dijes. Y caminan con paso enérgico, moviendo las fuertes y anchas caderas y adelantando el vientre abultado y rotundo. Muchas levantan los brazos desnudos y rollizos para detener el cesto, rebosante de verdura que llevan cargado sobre la alisada cabeza. Son gallardas y exóticas figuras decorativas.

Mestizos y mestizas dan por todas partes la visión dominante en el cotidiano tráfico.

México tiene el «pelado», la nota negra metropolitana; Mérida tiene el «mestizo», que es la nota blanca. Y no sólo el símil puede aplicarse al exterior, sino también y con igual precisión, a la parte moral y social, porque lo que personaliza y distingue al pueblo yucateco es su laboriosidad alegre, su franca disposición para el trabajo, su risueña voluntad para cumplir fielmente la tarea, su hábito de moverse en el diario trajín, y su inclinación a crearse necesidades que cubrir, a aspirar, a tender al mejoramiento. En México, el pueblo suele escatimar el trabajo, hurtar el tiempo, fingir o escamotear la labor, y dejar en la pulquería y en la riña las fuerzas que no gasta la tarea, las energías arrancadas por el vicio al taller y a la cuadrilla. Allí la holganza es una costumbre; aquí es un ideal. El pensador tiene que buscar las causas de estos fenómenos, que yo apunto a guisa de impresión personal recogida en mis superficiales observaciones.

Es verdad que en Mérida todo el mundo parece ocupado; va a alguna oficina en que lo espera un negocio, o corre, en los típicos birlochos, tras alguna transacción mercantil que lo espolea y enardece. Se respira en el ambiente la salud de una actividad

generosa. Todo movimiento es vigoroso y enérgico. Esta sociedad late como las arterias por donde corre sangre rica. Mirando y sintiendo este batir inesperado en provincianas vísceras sociales, se me ocurrió pensar en este sencillo proverbio: «A ciudad moderna, vida joven».

Sin embargo, si se ahonda algo en estas primeras sensaciones; si después de ver, se mira; si después de oír, se escucha; si se penetra un tanto en la corteza, si se deja uno invadir por la existencia real de esta población moderna, la impresión irá transformándose poco a poco hasta llegar, tras rápidos análisis, al extremo opuesto. Mérida es una vieja ciudad.

Sí, como las del resto de la República que fueron fundadas por los colonos hispanos, audaces, rudos, batalladores, religiosos hasta el fanatismo, tercos hasta la heroicidad, aun hasta la crueldad; espíritus cuadrados, fuertes, de poca elevación, pero de mucho arraigo y gran firmeza, no sutiles, no complicados, sino, por el contrario, simples, severos, sólidos, como estas casas de muros bajos y rejas tupidas, como estos portales que acotan las plazas, como estos templos arquitecturados con precauciones de fortaleza, como estas viejas ciudades de calles tiradas a cordel, de amplios palacios almenados, de esquinas que conservan la huella del retablo o el hueco de la tosca y sagrada escultura.....

Mérida, a pesar de su embellecimiento, no puede ocultar su origen, y qué digo no puede, no quiere ocultarlo, y lo muestra, y lo ostenta, por bajo los recientes afeites y las pompas modernas. No destruye, no derrumba, recompone y retoca, y haría

bien en guardar de manos sacrílegas, y de gustos *rastacueros*, y de *snobismos* finchados, muchas de sus reliquias coloniales, que, como la casa de Montejo, son páginas de piedra donde se leen entretenidos sucesos de aventuras y proezas, como en los antiguos libros de caballerías.

*
* *

Al mediar de una noche tibia y sosegada, no sabiendo qué hacer de mi ocio, que amenazaba trarmarse de fastidio, salí del elegante albergue en que me alojaba.....¿A qué salí? A nada, a hacer soliloquios callejeros, a seguir sin rumbo por donde el capricho fantaseador y desocupado me llevase.

Una luna de ópalo, una vieja luna de fulgor opaco y nimbo cobrizo, caía en el horizonte velado y gris. La ciudad estaba toda ella compenetrada de sombras en las que, a lo largo de las calles, sobrenadaban, de trecho en trecho, los blancos manchones de claridad de los focos eléctricos.

Y en aquel paseo nocturno fué cuando a mis ojos resucitó, en su arcaica severidad, «la muy noble y muy leal» Mérida, la Mérida del siglo diez y siete, la que cerraba sus puertas al toque de ánimas, a la gente de color, y se envolvía en tinieblas para rezar y conspirar, como era antigua e inveterada costumbre en las ciudades coloniales. Las bajas casas, las calles estrechas, las torres y fachadas de las iglesias seculares, los muros encalados y lisos en los que irregularmente se abrían los vanos cerrados de balcones y ventanas, alzábanse y perfilábanse en un ambiente de vetustez y misterio que me causaba la impresión de caminar dentro de una es-

tampa vieja de esas amarillentas y ensombrecidas por el tiempo.

Me senté en una de las bancas de la gran plaza, frente a la catedral, pesada construcción de piedra ocre, cuyos anchos contrafuertes iluminaba tenuamente la luz anémica de la luna. Junto a la catedral, la casa del Obispo, de lisa y larga pared rota en dos o tres partes por puertas sencillas y ventanas con reja, parecía adormecida en un sueño de oración o en una cruel meditación mundana de vanidad y poder. La angulosa y gigantesca silueta del templo se erguía, dibujada en la penumbra con fuertes líneas de plata trémula. El campanario, clareado por el azul ceniciento de los cielos, destacaba en negro puro las masas cónicas de sus esquilas.

¡Ah! cómo me acordé de la fábula, llena de verdad y de vida, de "La hija del judío"! ¡Cómo admiré la fuerza descriptiva y la penetración psicológica del sabio artista Doctor Sierra, recién inmortalizado por la severa ciudad colonial!

No podía caberme duda: la antigua Mérida recobraba su existencia de antaño, y, resurgiendo de su corteza, de novedad elegante y pulida, se presentaba a mi mirada de pasajero imaginativo, con sus graves y severos atavíos españoles.

Y recogido en mí mismo, extrañando no ver en mí mismo, la linterna llevada por la mano que saliera del embozo de la capa, fuíme camino de mi albergue, por las aceras silenciosas, pensando en que Mérida es, a pesar del progreso, la muy noble y leal ciudad, cubierta de recuerdos heroicos y de románticas y caballerescas memorias.....

POBRECITO DON QUIJOTE

Es ésta una nota íntima que quizás no cuadre con el carácter, amplio y general, de una crónica. Las revistas que desde hace seis meses escribo en este semanario, son impresiones del día, escauceos literarios a través de los acontecimientos, urdimbres retóricas en torno de la vida que pasa; y, aunque, a veces, entro en subjetivismos impertinentes, cuido de no soltar el hilo de la oportunidad, y con él nuevo, a manera de titiritero experto, las *m Marionetas* epilépticas de la revista hebdomadaria.

Ahora no; ahora temo extralimitarme y perder el camino. Quiero, sin embargo, llegar a la meta por los vericuetos de la confianza y delegoísmo. Ignoro si voy a lograrlo; vacilo un poco; pero como la semana, vacía de asuntos, me provoca a correr por los campos de la fantasía, poblados de recuerdos y de sueños, me decido, tras una vacilación breve; y cerrando los ojos, comienzo a llamar a las palomas mensajeras de lo pasado. De entre las brumas de la memoria van saliendo lentamente, como entumecidas por el olvido, las imágenes de las cosas que fueron.....

Una ventana de casa vieja, colonial, severa, y triste. La ventana da a una calle estrecha, sucia, de arroyos fangosos y fachadas negruzcas. El crepúsculo de una tarde gris. En los oscuros vanos de enfrente, por entre los barrotes de hierro de las rejas, se adivinan los interiores de las casas fronteras, también tristes, solitarias, austeras, con sus retablos colgados de las paredes blancas, y sus esculturillas místicas, bajo los conos, de cristal empolvado, de los nichos. Uno que otro transeunte cabizbajo cruza por la acera; un pesado carro pasa, rechinando, por el empedrado cubierto de baches. Todo está en silencio. Parece que las casas, como los vecinos del barrio, están rezando las oraciones de la noche.

Yo apenas me doy cuenta de ello; soy un niño, soy muy niño, un chiquillo que no sabe leer «de corrido» todavía; y, a quien, para que no haga travesuras, le han dado un libro, más grande que él, lleno de estampas. Sobre el antepecho de la ventana de la vieja casa, el cual me sirve de improvisado facistol, estoy volteando aquellas amarillentas hojas, cuajadas de gruesas filas de letras; una, dos, tres, cinco, diez, y, en seguida, una lámina—un grabado en acero, probablemente—representando raros episodios, en los cuales, y en primer término, aparecen siempre cuatro personajes: un hombre flaco y largo, vestido de hierro, con la cabeza cubierta por un extravagante sombrero que se asemeja a un plato roto por una orilla, y con la cara,

cuya corva nariz—pico de ave de rapiña—amenaza engancharse, adelantándose al bigote de púas erigidas, en la puntiaguda perilla, que es a modo de velluda prolongación de las ampulosas y salientes quijadas; un obeso y ventrudo hombrecillo, burdamente vestido, con el sayo desabrochado y repleto de carne, ancho el calzón de aldeano, hinchidas, por las pantorrillas congestionadas, las medias de lana, toscos y claveteados los zapatos de gruesa suela, y, arriba, por remate, una cabeza de greñas erizadas y cortas, de la que baja, como un barboquejo de pelos, una patilla áspera y enmarañada, que, a la manera de las malezas en los llanos incultos, esconde la cara rechoncha, hasta confundirse con las cejas espesas, y sólo deja al descubierto una bocaza risueña, la punta roma de la nariz, los redondos claros de los ojos burlones, y el arrugado y chato espacio de la frente; un caballo de piel pegada a la osamenta, el esqueleto de un caballo, en macabras posturas, que imitan burlescamente las heroicas; un asno canijo con aire de mansedumbre y orejas pacientes. Campos escuetos, llanuras áridas, molinos de viento, camaranchones de venta, chorreantes cueros de vino, dueñas quintañonas y secas, rechonchas mozas del partido, arrieros coléricos y alguaciles de la Santa Hermandad, sirven de marco y acompañamiento a estas cuatro figuras.

*
* *

En la vieja ventana, a la claridad gris de la tarde, yo, un chiquitín más pequeño que el libro que tenía delante, volteaba las hojas, con una alegre y preguntona curiosidad.

—¿Quién es éste, padrino?

Y el buen canónigo anciano, de testa de nieve y mirada piadosa y apacible, respondía señalándome con su blanca mano la estampa:

—Este es Don Quijote en Sierra Morena; éste es Sancho Panza en la Insula Barataria; éstos son los galeotes, unos presidiarios; éstos son unos cabreros; ésta es la pastora Marcela.

—¿Y qué hacen, padrino?

El buen canónigo, como quien enseña una cosa santa, me explicaba, con la misma paciencia con que me *tomaba* la doctrina, las aventuras del Ingenioso hidalgo manchego. Y a su voz unciosa, fresca y pura, se abría, mostrándome los horizontes de una nueva maravilla, un mundo de milagros extraños, un paraíso, distinto del cristiano con sus ángeles, sus vírgenes y sus mártires y sus azules lejanías, pero en el que el Valor, la Virtud y el Bien luchaban, en pugna abierta, con el Mal, la Cobardía y el Vicio. Y yo entreveía vagamente, en la simple e infantil plática del canónigo, la alta nobleza de un ideal y el sacrificio supremo de una sublime aspiración.

De aventura en aventura, de estampa en estampa, entre risas y explicaciones, caía la noche obscuriendo la calleja del barrio. Mi curiosidad tomaba forma de inquietud; ya casi no podía ver las láminas. Y no obstante, volteaba las hojas, una, dos, diez:

—Aquí, padrino.

—Aquí Don Quijote y Sancho Panza se despiden del Duque; aquí entran en Barcelona; aquí los dos llegaron a su aldea; aquí muere Don Quijote, ya vuelto al juicio.....